

CHECHO

***“La mayor gloria de la vida no reside en no caerse nunca,  
Sino en levantarse cada vez que caemos”. Nelson Mandela***

Cuando aquella sensación comenzaba a fluir desde sus pies hasta situarse en su pecho, tupiéndole la mente de oscuridad, Checho salía de casa, no importando que fuera madrugada. Comenzaba a caminar por las calles del pueblo. Sentía que, la marcha firme hacía huir aquella bilis de melancolía y angustia que lo ahogaba.

A esas horas, el nochero que vigilaba el comercio del centro del pueblo, esperaba ver llegar a Checho en esas caminatas nocturnas, y le acompañaba sin emitir palabras. Era una especie de ángel que sabía de dónde provenía ese quiebre emocional, que lo impulsaba a recorrer las calles hasta que la crisis menguaba y volvía a casa

Checho había sido un apreciado líder sindical en el cordón industrial de la capital. Una de sus conquistas había sido formar una cooperativa para proveer la tan anhelada casa propia de los obreros. Sin embargo, había postergado sus propios deseos para beneficiar a sus camaradas. Él vivía de allegado con su suegra.

El quiebre social y político que sobrevino en los días de septiembre, trajo consigo que, el cuerpo directivo de la empresa, le pidiera renunciar al trabajo y abandonar el sindicalismo, como una forma de salvaguardar su vida. Ese quiebre macro del país, significó un micro quiebre en su propia vida y familia.

Poco a poco fue hundiéndose en el abismo de una depresión mayor que fue diagnosticada como “neurosis de angustia”, proveniente de la frustración y del miedo de no poder sobreponerse a luchar por los suyos. Las puertas laborales se cerraron y los pocos recursos de que disponía, fueron transformándose en ansiolíticos, que aminoraban la angustia de su psiquis. Checho, trató, trató y trató de salir del pozo: zapatero, mecánico de motocicletas, electricista, y todo lo que venía a mano para traer el pan a la mesa.

El “río de la vida” del que hablara Jorge Manrique seguía su cauce, y la familia de Checho creció con tres varones. Su esposa, entonces, tuvo que poner “manos al arado” y salir a trabajar debido a las recaídas de Checho. El verano le ofreció a ella la tarea de “temporera” en la recolección de la fruta” de la zona. Así se sostenía la familia en la provisión de alimentos y en el progreso educativo de sus tres hijos.

Tras un largo proceso de años, los hijos de Checho pisaron la universidad. El mayor de ellos, de manera sobrenatural, alcanzó el puntaje de medicina. Los demás, uno pedagogía y el menor ingeniería en. Era un triple sueño. El mayor, Sergio , tras un largo peregrinaje, de infinitas noches en vela quemándose las pestañas bajo una lámpara, rodeado de libros de anatomía, que su padre lograba multicopiar, pues los pesos no alcanzaban para el texto original, logró terminar su internado en un hospital de la capital. Sísifo había dejado definitivamente la roca en la cumbre.

Sergio, siendo el mayor, había palpado a milímetro a milímetro la enfermedad mental de su padre y esa angustia que, mientras todos dormían, le hacía

levantarse sigilosamente y salir a caminar por las veredas del pueblo. Muchas veces, siendo adolescente quiso salir tras él, pero no lo hizo.

Llegó el momento que Sergio debía elegir su especialidad en medicina. No dudó. Quiso especializarse en psiquiatría. Sentía que, podía ayudar a muchos que atravesaban el valle oscuro como su padre.

Vino septiembre, ese tiempo que vestía la naturaleza de verde y florido manto. Pero, también el tiempo en que la depresión estacional se instalaba y el índice de suicidios aumentaba en el país.

Sergio hijo, en ese tiempo, pudo comenzar a ejercer su especialización en un centro psiquiátrico cercano a la cordillera.

Cierta mañana, recibió la noticia de que uno de sus hermanos, el profesor, había sufrido un colapso nervioso en el norte donde se desempeñaba.

Sergio viajó hacia el norte. Su hermano había sido internado y, bajo su responsabilidad, pudo traerlo de regreso a su hogar. Decidió derivarlo a uno de sus colegas y supervisar la terapia hasta que, poco a poco, fue superando emocionalmente su crisis.

Su hermano menor, tras unos años de ejercicio profesional, formó una familia. Y con la esperanza, de casi todo matrimonio, decidieron tener un hijo. Alexito llegó a su casa como luz de esperanza. Fue creciendo. A medida que lo hacía, su pediatra descubrió en el niño un síndrome autista que lo hacía ser diferente y, ante el cual los padres tuvieron que aprender el significado de ser diferente.

Parecía que, aquellos días vividos por el padre, encontraban replica en la familia de diversas maneras. Era una herencia no deseada, que golpeaba la historia de todos. Como que aquella canción “Fábula de los tres hermanos” se encarnaba en cada uno de los hijos como un caleidoscopio de diferentes trastornos emocionales.

La labor en psiquiatría de Sergio, el mayor, fue alcanzando notoriedad en el ambiente médico, siendo invitado a la docencia académica en la facultad de medicina de un centro universitario.

Una mañana, a fines de noviembre, Sergio no llegó al aula despertando cierta inquietud en sus alumnos de pos grado. Éstos acudiendo al decanato de la facultad, se enteraron que su profesor había sufrido un grave infarto cardiovascular. Al parecer, la labor clínica que desarrollaba a la par de la docencia, le había pasado la cuenta, con una presión que su corazón no soportó. Su humanidad no había podido abstraerse de la transferencia emocional de sus pacientes.

Al comenzar febrero, Sergio estaba en absoluto reposo en el litoral central recuperándose pausadamente sin agenda y sin compromisos. Era un tiempo sabático especial que le permitió en silencio y soledad repasar su biografía y la de su familia. Entendía que la salud mental había sido un tema central de la vida familiar, especialmente en su padre Checho.

El día soleado presagiaba una luminosa jornada. Pasada las tres de la tarde, arribó su padre al departamento donde su hijo mayor descansaba. La figura de aquel hombre gravitante en su vida denotaba el flagelo de los años. Su pelo enmarañado de nivea textura y su piel tostada por el sol que pegaba fuerte; yendo de campo en campo, instalando la red eléctrica en pequeños latifundios de personas de la capital, dejaba su huella en sus ochenta años. Sin ser adivino, se podía esperar que, más temprano que tarde, su tren, llegaría a la última estación de la vida.

Fue una alegre jornada, disfrutando una cálida y tierna copa de vino; aquel vino que Sergio siempre guardaba para su padre, pues conocía su gusto de años. La tarde fue pasando entre anécdotas de vida, momentos de luces y sombras, y expectativas y deseos de ambos. Checho sentía especial afecto por este su hijo mayor. Tal vez, su inconsciente entendía que este hijo había tenido una comprensión más profunda de su biografía y eso lo acercaba más que a los otros

Al caer la tarde, cuando el sol se derramaba majestuosamente sobre el mar, tiñendo de tonos arrebolados el horizonte y llenando de un colorido rojo intenso las aguas, Sergio dijo a su padre:

- ¡Papá quiero invitarte a caminar! Esta vez, quiero caminar a tu lado; no como aquellas madrugadas, cuando salías solo sigilosamente de casa...

Bajaron del edificio y enfilaron hacia la costanera del litoral. Y comenzaron a caminar, con paso lento y meditativo, uno al lado del otro; en un silencio que

Sólo acompañaba el musitar de las olas. Sin mediar palabras, el mar fue testigo de esas dos vidas entrelazadas por vivencias de luces y sombras que, caminaban y caminaban...

Casi al llegar al final del sendero de la costanera, detuvieron su andar y Checho dijo a su hijo mayor:

-Hijo mío, si algo me enseñó la vida es que *“Dios escribe derecho en renglones torcidos”*.

Una lágrima furtiva cayó de los ojos de Sergio y abrazó a su padre como nunca antes lo había hecho. La noche ya se había instalado, pero las estrellas iluminaban el regreso a casa. Checho, esta vez, no estaba solo en la noche...